

FUNDACIÓN  
/ ANTONIO  
HERNÁNDEZ  
GIL /

# TRES INSTANTÁNEAS

EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

---

---

Pedro de Lorenzo y Morales

---

# TRES INSTANTÁNEAS

## EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

—  
**Pedro de Lorenzo y Morales**  
—

### 1. AQUEL CÁCERES, EN BORRADOR

*Cuando Pedro de Lorenzo y yo manteníamos apartes  
literarios en Cáceres...*  
A. H.G

Entraba el año de 1936. Vísperas de Reyes murió Valle-Inclán. Escribí su elegía; la mandé al periódico de Cáceres, que venía publicándome toda una imaginaria Vuelta al mundo. Esperaba yo la salida de mi Valle-Inclán. Sí; vi un artículo necrológico: la muerte del sacristán de un pueblecito cercano. El periódico al que envié mi elegía, en su cabecera declaraba esta filiación: Diario Católico.

Otro muchacho, apenas mayor, Antonio Hernández Gil, con quien yo polemizaba en tomo a la revista Cristal, de la que él era redactor jefe, realmente director de la revista, y en cuya revista colaboraban los jóvenes de aquella Extremadura aficionados a las letras, naturalmente que yo no, me tendió mano de amigo y medió para que mi necrológica de Valle-Inclán no se perdiera: la dio en un periodiquito quincenal de Trujillo, La opinión, fundado en 1907 y sostenido por el padre de Antonio Hernández Gil.

Nuestras relaciones se estrechaban. Pensamos obra en colaboración. Avanzaba la primavera. Empezamos, uno aquél, éste otro, los capítulos de un plan muy elaborado: una Vida de Bécquer. Trabajábamos, 1936, esa biografía, la memoración de esa vida por motivo de centenario: el de su nacimiento, 1836.

Era la provincia. A nuestras espaldas, en Madrid, pronto inaccesible, un escritor, de obra recién descubierta por algún joven creador en Cáceres, publicaba este libro: Doble agonía de Bécquer. Se llamaba Benjamín Jamés. Rápidamente caía para partir en dos a España el telón en llamas de esta representación, y de este luto: la guerra. Interrumpió tantas cosas, tan inocentes ilusiones...

La contienda terminada, Antonio Hernández Gil se instaló en Madrid: le enceldaron sus disciplinas de civilista. En su alojamiento de la calle de Claudio Coello, junto al balcón de su cuarto, una palidecida labra fijaba la memoria de Bécquer.

Años y años, yo un día pensé que La novela de amor de Bécquer esas reconstrucciones, se las debía a Hernández Gil, Antonio Hernández Gil. Nuestro Bécquer, mi parte en aquel Bécquer, podían haber llevado a esa novela las páginas que escribí y publiqué para abertura de mi libro Círculo de la Amistad.

Vista por mí, era recobrar la Juventud, no sólo mía; aquella Juventud de nuestros años mozos: el Cáceres aquel. La Juventud ilusionada que llena el primero de estos tres tiempos: 1936-1947. Lo fueron completando en la vida de aquella mocedad estos otros dos tiempos: el de Intermedio, o Tiempo de Temporal, que sacudió a la Juventud de no sólo aquel Cáceres, desde el domingo 19 de julio de 1936 al otoño de 1939. Un último Tiempo cierra los episodios de toda esa historia: cuando la muchachada de 1936 cumple sus treinta años: si la cifro en la mía, una Juventud a la intemperie.

Al recordar aquellos años, los del primer Tiempo, Antonio Hernández Gil me ve iconoclasta y surrealista, pronto a subordinarlo todo a la novedad y a la distorsión. Lo nuestro era un atrevimiento

# TRES INSTANTÁNEAS

## EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

—  
**Pedro de Lorenzo y Morales**  
—

al imaginismo: para Cáceres la durmiente, vanguardias un punto estrépitadas en la cacharrería de los leídos de provincia.

Y luego, ¿qué? Sobrevivientes de la guerra, nuestra Guerra, Antonio Hernández Gil, ¿abandona? Sus cartas de Campaña me han seguido y acompañado, mientras tanta cosa propia, tantos papeles, iban perdiéndose en las revueltas del camino.

Intentamos sacar una revista literaria: Forma. No se nos autorizó. La vuelta a la normalidad se nos resistía; pesaba en todos la incipiente Segunda Gran Guerra. ¿Nos dejarían, al menos hasta la primavera? Estábamos en el 39 y entraba el primero de una sucesión de inviernos; en los labios de todos, esa duda, esa fatalidad.

Antonio Hernández Gil emprende en Madrid una carrera espectacular de civilista. La de uno es, en ese campo, modestamente frenética: aprobar Leyes en unos meses, al rescate de los años en guerra, universitariamente extintivos.

Las cartas de Antonio Hernández Gil, ya desde Madrid, no me olvidan. ¿Tentación? Pues acude a la tentación: «Charlaría contigo — dice el 11 de junio de 1941— intensamente. No abandones el Civil. Si yo consigo para el otoño la cátedra — los augurios me son favorables— podría ayudarte. He conocido a muchos y no juzgo a ninguno tan bien predispuerto como tú.» No se trata de mí; si hablo de mí es en función del protagonista de estas recopilaciones: Antonio Hernández Gil.

Nunca se me hizo problema la segunda vocación. El 16 de octubre de 1941 y por asunto no profesional, íntimo, abro bufete de abogado; me inscribo en el juzgado de ascenso de Valencia de Alcántara el 8 de diciembre. La Prensa trae ese día la acción japonesa de Pearl Harbour; es la universalización de la catástrofe.

A unas horas de la Nochebuena, me llega un telegrama de Madrid: la concesión de plaza en la Escuela Oficial de Periodismo, recién creada. ¿Derecho? ¿Periodismo? Tan renovado este quehacer, tan próximo, ¿amaga a la vocación? Habrá que probar. Habrá que, de cuando en cuando, huir. ¿No me lo sugería al imaginar yo una imprenta en Cáceres, él ya tan lejano amigo:

—Yo te pido que hagas todo lo posible por venir. Empezaríamos una obra magnífica y provechosa. Ven... ¡Anda!...—

¿Instalarse en Cáceres? ¿Publicar? Ya en las últimas nuestra Guerra, el 12 de marzo del 39, estafeta de Campaña 43, desecha mis propósitos: «Ni pienso en la imprenta — dice—, porque tanto tú como yo precisamos huir de Cáceres y sus alrededores.» Inteligencia pura, Antonio Hernández Gil. ¡Él era el situado! Yo, el evadido. Partí. Y Extremadura conmigo, por el ancho mundo.

## 2. CON PALABRAS DE HOMENAJE

Pero, Cáceres. Sí, siempre Cáceres. ¡Tanta vida atrás, tantos años! El 30 de marzo de 1974, en Cáceres, Antonio Hernández Gil era públicamente agasajado y yo quien había de ofrecer el homenaje. Es cuando

## TRES INSTANTÁNEAS EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

—  
**Pedro de Lorenzo y Morales**  
—

empiezo: Amigos de Antonio Hernández Gil; Antonio, amigo mío. Pese a tantos de tus amigos, ya casi medio siglo amigo mío. Nos congrega, en torno tuyo, algo que es, siendo homenaje, no el homenaje más. Y sigo: Porque, efectivamente, se trata de un no homenaje más, no el homenaje más a Hernández Gil, que ha merecido y recibido, homenajes múltiples y variados: precoces y de reconocimiento; profesionales; íntimos —aquí, en Cáceres mismo— y de convocatoria nacional.

Pero tampoco es para Cáceres el homenaje más; rara vez podrá Cáceres ejercitar su tarda voluntad de aplauso a figuras como la de nuestro homenajeado. Si es no un homenaje más, ¿qué es lo que es este homenaje?

Yo digo que esto: el reencuentro de un hombre de especie grande con su propia tierra. De ahí el gozo, de ahí la apoteosis con que el acto se realiza. Y ¿pues quién protagoniza el agasajo que celebramos? ¿Qué es y cómo y de dónde, y por qué es quien es Antonio Hernández Gil?

Por de pronto, un extremeño en quien concurren la gracia y perfecciones de las Extremaduras todas: la Alta y la Baja Extremadura, la Extremadura comprendida entre las lindes propias de su geografía y la Extremadura que hemos dado en llamar Extremadura de la Ausencia.

En nombre de esas Extremaduras, extremeño yo de ambas Extremaduras y, si me alistan en la ausencia, extremeño ausente, evoco la carta de naturaleza del extremeño Antonio Hernández Gil.

—¿Sabéis los de Alcocer, y los no de Alcocer sabemos, qué es Puebla de Alcocer? Hubiere Antonio Hernández Gil nacido en Plasencia y yo le instara a tomar para empresa de su vida, aquella melancolía compuesta en letras capitales mediado el siglo XVI, bajo una ventana del palacio de Luis de Ávila, continuo y cronista del Emperador: Tocio pasa.

Pero Antonio Hernández Gil ha venido al mundo no en Plasencia; ha venido al mundo en Puebla de Alcocer, lugar en cuyas cercanías la Iglesia propone este asombro, este predicado: Nuestra Señora del Fuego.

(En Puebla de Alcocer ha nacido otro escritor, Eusebio García Luengo, que es el último abencerraje literario de España. En los cafés de Madrid, Eusebio García Luengo, siempre ante las cuartillas: lento, impasible; tan absorto amator de su cuidado, que es fama lo de que se afeita hoy media cara, mañana la otra media cara.)

Sí, sólo que andábamos en que, jurisdicción de Puebla de Alcocer, Guadiana abajo, Batemo se acoge a la advocación del Fuego. Es Batemo memoria de dominios de don Gutierre de Sotomayor, aquel Maestre que hizo voto de castidad y dejó mandas para el luto de cuarenta barraganas. A la puerta de la iglesia de Puebla de Alcocer, una inscripción en piedra proclama, no el ascetismo del Todo pasa, de Plasencia, sino estas arrogancias: Todo es poco.

Antonio Hernández Gil, puebleño, se yergue y lleva a Extremadura como una patria del alma. La encontraréis los primeros jueves de cada mes en los almuerzos informales de un grupo de extremeños y de amigos de Extremadura, en Madrid. Si en su casa, os ofrecerá especies extremeñas: vinos de la tierra, olivas de la tierra.

## TRES INSTANTÁNEAS EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

—  
**Pedro de Lorenzo y Morales**  
—

Es el gran hombre de provincias en la urbe. La hondura y no la desadecuación de la provincia. La lealtad, la sencillez y relación de hombre a hombre, de la provincia. Antonio Hernández Gil, cónsul general de Extremadura en la Corte.

Y yo emocionadamente, yo en nombre de Extremadura, de la Alta y la Baja y la Extremadura de la Ausencia —provincia de Cáceres, obispado de Badajoz, extremeño errante—, me honro muchísimo, de corazón y de verdad, al ofrecer ese homenaje a Antonio Hernández Gil, amigo mío.

### 3. Y ¡EN PIE!

Me levanto, me voy a una de las ventanas de mi escritorio y echo los ojos a la fachada poniente de Madrid: Palacio, Catedral de la Almudena... Así, mañana tras mañana. De aquellos tiempos acá, en estos cuatro, cinco años, la perseverancia de la emoción: en la cripta de esa catedral yace mi amigo Antonio Hernández Gil.

Y me niego a su muerte: no morirá Antonio Hernández Gil; no, en tanto que yo pueda, hoy como ayer, con los sentidos del alma, verle, saberle, él en pie mientras yo viva. Tampoco nuestra amistad fue en los últimos años frecuentada; y le tenía como el amigo entre todos mis amigos; quiero hacerme el halago de que también él a mí: desde la juventud, ni una sola diferencia personal, ni el menor desvío; atento él a su vida, tan poblada; yo metido en mí mismo.

Y fue así. Es así. Subrayó él esta amistad como la amistad de los primeros tiempos, que —decía— «fueron otros tiempos». Por eso, evoco y toda posible in memoriam me consiente que le mire paso a paso el vivir.

Ahora, Antonio Hernández Gil es aquella infancia en tierras de Badajoz, allá donde la roca se hace rampa de castillo y la vecindad puebla en Alcocer: Antonio Hernández Gil o una infancia, primera infancia en Puebla de Alcocer. Siete años en Logrosán; otros dos, colegial en Trujillo; su adolescencia en Cáceres, con vacaciones en Montemayor, Baños de Montemayor.

¿Le trae Logrosán quizá enigmas de Roso de Luna? (La primera conferencia que oye o ve Antonio Hernández Gil, Antonio niño, es una conferencia de Mario Roso de Luna.) Teósofo Mario Roso de Luna escribe el libro de su tierra —Legado de Logrosán—, bautiza estrellas y vislumbra la piedra mágica, la piedra negra, el estaño que se aduenda en los albos cerros siderales y las serratas de Logrosán.

Nuestra Señora del Fuego patronea de cercanía a Puebla de Alcocer: los astros Logrosán, Trujillo signa a Hernández Gil, para siempre, con esta maldición: las Letras; en La Opinión, los primeros escritos suyos, y alguno de mis escritos primerísimos. En Trujillo, esa roca habitada en sus tres anchos peldaños —Villa, Ciudad, Parque— y esta cifra, Hispanidad, expansiva del nombre, Trujillo, nombre tan en diminutivo, Antonio Hernández Gil gusta de las sensaciones de la imprentita donde, hasta muy recientes ayer, se ha batido el plomo para el periódico decano de la provincia, La Opinión, ¿1907, dije?, ahora muerto y no sé si sepultado y estoy en que para resucitar.

## TRES INSTANTÁNEAS EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

—  
**Pedro de Lorenzo y Morales**  
—

Fundó y sostenía ese periódico don Romualdo Hernández, trujillano, hombre de letras en su figura abrahámica de la Ley, padre de los Hernández Gil. Las Letras era la Ley. Cuando Julio César dice: «Uno es el tiempo de las armas, otro el tiempo de las letras», piensa, al hablar de Letras en la Ley; era para él entonces la hora de la gobernación, la hora de la Ley. Y ese mismo sentido da a su Discurso de las Armas y las Letras el príncipe de los Ingenios, el autor del Quijote.

Viene, sobre Antonio Hernández Gil, Cáceres o la mocedad. Venir, vienen las vacaciones en «Villa Isabel», Baños de Montemayor, donde es Cáceres sociedad veraneante clase media en aquel anfiteatro de peñas y de castaños, la iglesia de la torre cuadrada y el calofrío que pone en la torre su escalera exterior, al aire.

Meteóricamente, fugaz y luminoso, Antonio Hernández Gil remata desde Cáceres su licenciatura en Leyes. Tiene diecinueve años. ¿Y qué podría hacer en Cáceres, de diecinueve años, licenciado en dos, un muchacho como Antonio Hernández Gil?

Él es quien se responde: Letras. Por el camino universitario de la segunda licenciatura, Filosofía y Letras, y no basta. Por el camino de la puerta estrecha, el áspero camino de la vocación: Escribir, escribir... Como propia y mía siento esa terrible ambivalencia, la que da al artista sello de autenticidad y dolor a su destino de hombre. ¿Profesión? ¿Vocación? Esa grandeza de alma distendida.

Pero no; quiero que no pasen de Cáceres, todavía, estas recordaciones, esta línea de vida. Antonio Hernández Gil en Cáceres practica a puerta cerrada, tarde tras tarde, en los recónditos de la Audiencia. Anima una revista de prosa y versos, publica, escribe. Ama, escribe. Y por primera vez asume una de las claves de su personalidad. Tantearé esa clave, buscaré esa personalidad.

Hay el escritor inteligente y hay el escritor sensible. Hay, en no pocos, desequilibrio entre inteligencia y sensibilidad. Antonio Hernández Gil, en vestidura de caviloso, todo él inteligencia, es una ardida y contenida sensibilidad. ¿Cuánto de premonitorio en aquellas ilusionadas mocedades. Habla él: «Cuando Pedro de Lorenzo y yo manteníamos apartes literarios en Cáceres...» 1935, discutíamos la salida de la revista Cristal; a mi artículo Cristal (meditación), opone esta réplica: Cristal (ilusión). Como si fuese él la palabra, yo el pensamiento.

¿Y acaso él no lo era, no se deseaba angélico amator de la palabra? ¿Acaso no la sentía? Escribe novela de guerra y le da este título: Fondo de estrellas. Verbo puro. En Cáceres, el 20 de octubre de 1973, recién fallado el premio Extremadura, de jurado ambos, se expresaba con voz de confianza su emoción, pensativo de nuestra mocedad.

Escritor Antonio Hernández Gil, fue mano tendida al escritor aquellos años de entredicho y purificaciones. ¿Por qué Antonio Hernández Gil tendía mano de amigo al hostes? Veo así el ejercicio primero de una rebeldía. ¿Sería rebelde Antonio Hernández Gil? Lo aventuré en público, con ocasión de ese multitudinario homenaje a él en Cáceres.

—¿Rebeldía, sí! —corroboró, no sin énfasis en su gratulatoria.

## TRES INSTANTÁNEAS EN MEMORIA DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

—  
**Pedro de Lorenzo y Morales**  
—

Fue rebelde Antonio Hernández Gil. Porque hay la rebeldía de forma, lógica en la adolescencia, biológica; pasajera en el hombre de trayectoria pública. Es el caso Clemenceau, de juventud revolucionario, y a quien, discurre el tiempo, es el Poder en Francia, le preguntan:

—¿Qué piensa hoy, señor Presidente, de las revoluciones?

—Lo mismo que en mi juventud, pero desde el otro lado.

No es que haya sido esa la rebeldía de Antonio Hernández Gil. La suya era rebeldía de concepto; rebeldía que no descaece con el paso de los años. No: con los años esa rebeldía cristaliza, se acendra. Es la rebeldía invisible, rebeldía esencial, que se llama de este modo: independencia.

Por espíritu de independencia, Antonio Hernández Gil tendía su mano a la orilla de enfrente. Independencia de su casa de familia, independencia de su círculo de amigos, independencia de los clanes de aquella enconada mínima sociedad, independencia de su propia posición de situado.

Esa independencia que le ha permitido —hallándose entre los más, allí en Cáceres, entonces, luego en Madrid letrado primerísimo, pensador de la Ley— no desmerecer en el concepto de los menos. Esa rebeldía, en fin, que aupó su representación significada a escala nacional: Antonio Hernández Gil o el sentimiento de la vida como independencia.

Eso era el rostro visible, extremeño, de Antonio Hernández Gil. Pero partió de Cáceres, salió de Extremadura, cuarenta, cincuenta años fuera de Extremadura... Alguien ha dicho que Extremadura es lo que se ve, y además su misterio. Lejos de Extremadura, Antonio Hernández Gil es lo que en él se vio, y este misterio: Extremadura.

Extremadura tierra de abstractos, ¿podría no ser llamado a esa tentación un extremeño como Antonio Hernández Gil? Cumple con su deber, consciente del deber, en disciplina originariamente no propia. Se le ve pasar del Testamento militar romano, o la Metodología de la Ciencia del Derecho, o El concepto del Derecho Civil, o La posesión, o el Tratado de las Obligaciones, o los Dictámenes, a sus ensayos de aproximación al estructuralismo; con la minoría; a la última. Y yo una vez más rindo mi veneración a un hombre, extremeño, que ha dado, en tiempos nada propicios, categoría intelectual a Extremadura. ¡Antonio Hernández Gil! Para él, pido palabras a las inmortales Coplas de la Muerte:

Pues otra vida más larga  
De la fama gloriosa  
Acá dejáis

PEDRO DE LORENZO